

Hugo Mieres

DE UN CUENTO PRESTADO

Monólogo en tres escenas

PERSONAJES

El Hombre

La Abuelita

El Leñador

El mismo actor representará

sucesivamente al Hombre, a la Abuelita y al Leñador.

ESCENA PRIMERA

Entra un hombre joven, que no muestra nada extraordinario, salvo los dientes, demasiado grandes para su boca, y que al reír se le ven cortados en punta, como si hubieran sido limados.

HOMBRE.-*(Dirigiéndose a un interlocutor invisible.)* ¿Está listo? Bien. Comienzo. En esta historia entran una niña, una vieja y un hombre. Ah, también una mujer, al principio, pero no tiene demasiada importancia, al menos para mí. Y entro yo, que no soy ni niña, ni mujer, ni la vieja, ni el hombre. Parece un enigma, pero es fácil de entender.

¿Para qué estoy aquí? Para dar mi testimonio, para defenderme, ya que usted me prometió oír y difundir mi defensa. Escuche: hasta ahora les ha sido fácil ensuciar a la gente, muy fácil, hablan ellos solos, tienen en sus manos todos los medios, así que puedo gritar todo lo que se me antoje que no se les moverá un pelo. No hay oposición,

Los contenidos y temáticas son de exclusiva responsabilidad del autor. Todos los Derechos Reservados. Prohibida su reproducción total o parcial, sin expresa autorización del autor.

no hay nadie que les diga: “No, eso no sucedió así, tal cosa es mentira, ese hecho no ocurrió como ustedes lo cuentan.” Por eso quiero decir mi palabra, como quien dice, iniciar una historia de los vencidos...

(Atendiendo a algo que su interlocutor le dice.) Está bien. ¡Dije que está bien! No se impaciente. Empiezo. Primero, no es cierto que yo la estuviera acechando; nos encontramos por casualidad, y como el lugar es desierto y uno es civilizado, comenzamos a hablar. Paso muchas temporadas solo, a todo el mundo le hace bien tener con quien conversar, ¿no? Así que, sin ninguna intención, yo inicié el diálogo. *(Pausa)* ¿Por qué se detuvo? ¡Siga anotando! ¡No me mire así! *(Pausa.)*

Bueno, perdón, es cierto. La estaba esperando. Le pido disculpas. No quiero empezar mintiendo, ahora que encontré quien me escuchara. ¡La estaba esperando, pero no para lo que ellos dicen!

Segundo: La propuesta de la carrera es cierta, pero es falso que yo haya ido por el camino más corto. Es falso y disparatado, no solo porque es elemental que aunque siguiera por el más largo, llegaría siempre primero por el simple hecho de que soy más fuerte y más veloz, sino porque el camino que ella siguió era el único que conocía.

Nadie se ha preguntado tampoco, (y si lo ha hecho no me he enterado), por qué le perdoné la vida en ese momento, pues tendrá que concederme que pude eliminarla sin ningún problema, dando fin al diálogo con la *inocente* (para ellos) y, aparentemente compliqué las cosas con la carrera y todo lo demás. En lo demás, entran la vieja y el otro, pero eso corresponde a la segunda parte, de modo que no nos apresuremos.

Aclaremos primero este punto. No la eliminé, por la sencilla razón de que quería saber a dónde iba, y porque quise que fuera a donde me dijo que iba.

Los contenidos y temáticas son de exclusiva responsabilidad del autor. Todos los Derechos Reservados. Prohibida su reproducción total o parcial, sin expresa autorización del autor.

Comprendo que si hubiera acabado con ella en ese momento, otra habría sido la historia, donde yo aparecería como el protagonista, y ella, como una niña entre tantas, la víctima, que ocupa por un día los titulares de La Voz del Bosque, y nada más.

Me habrían perseguido, apresado, juzgado y condenado a muerte, aunque creo que algo de trabajo les habría dado. ¡Ja! Habrían tenido que conseguir pruebas, pues para eso hay leyes y derechos y hoy no estaría en esta situación de casi total impotencia, haciendo un alegato post mortem. (*Silencio.*) Menos mal que está usted, que ha querido escucharme, aunque no creo que desinteresadamente, por lo que no se llevará ese grabador de aquí hasta que no arreglemos un precio. En verdad, eso me preocupa poco, le veo cara bondadosa, ambos somos razonables y estoy seguro de que llegaremos a un acuerdo.

¿Prosigo? Gracias. Con lo de la ejecución, hasta me quedan dudas de si no habría podido escapar. Todo el mundo sabe lo que es capaz de hacer un buen abogado en estos tiempos. No estoy hablando de libertad, así, a secas, no pido tanto, desde el momento en que sé que la sociedad, para mantenerse sana, debe extirpar sus miembros enfermos, para salvarse debe erradicar el mal que la consume por dentro y se encarna en seres como nosotros. En su expresión más explícita, desde luego. Eso es inevitable, y lo supe desde siempre. ¿Por qué crucificaron a Jesús? Porque fue compañero de borrachos y de gente de mal vivir, de prostitutas y de locos, un agitador político y un subversivo del orden constituido. ¿Por qué quemaron en la hoguera a Giordano Bruno e hicieron abjurar a Galileo? (*Silencio.*) ¿No lo sabe? Se lo diré. Porque todos ellos representaban un código de antivalores respecto a los establecidos socialmente. Yo, como ellos, era un elemento insano del cuerpo social, que había que aislar y eliminar para que no contaminara. Se trataba del orden de un lado, y de lo que lo amenazaba, del otro.

Los contenidos y temáticas son de exclusiva responsabilidad del autor. Todos los Derechos Reservados. Prohibida su reproducción total o parcial, sin expresa autorización del autor.

Tuvieron que apartarnos y nos apartaron, negarnos, y nos negaron. No quisieron vernos ni aceptarnos, porque de ello dependía la tranquilidad, la seguridad, el orden.

Amenazábamos la tierra, el cielo, las personas. ¡Los fundamentos mismos de un mundo sagrado, reglado, y sobre todo, seguro! (*Silencio.*) Vivir y pensar desde la periferia, lleva a ver la realidad desde el reverso de la Historia, e impulsa peligrosamente a la identificación con intereses que pueden ser asumidos por nosotros, pero de ninguna manera por los que detentan el poder. ¿No está de acuerdo? Los que salen adelante, lo hacen con ellos, y son los cuerdos, porque continúan desempeñando sus funciones en el puesto en que los colocaron. La filosofía de la baldosa. Ni un centímetro más allá, ni un centímetro más acá. ¿Y los otros? Los otros, serán los locos, los inadaptados, los discriminados. Que la Historia se repita no es siempre una afirmación reaccionaria. Todo había estado previsto desde muy atrás, y yo no quise entenderlo. No debía haberlos menospreciado. (*Silencio.*)

En fin, no voy a repetirle la acusación de un fiscal que se precie de su oficio, pero sí puedo hablarle de la habilidad del abogado para conseguir que el juez me considerara insano, y fuera internado en un hospital psiquiátrico. (*Pausa.*) Esto es pura especulación, discúlpeme, me desvíó y hasta entro en contradicciones. No quiero hacerlo. No deseo reflexionar sobre lo que podría haber pasado, sino decir la verdad, que es decir lo que pasó realmente. (*Pausa.*)

También es cierto que yo llegué primero a casa de la vieja. Y éste es otro punto sobre el que todos callan, o hablan tímidamente. Nadie se ha preguntado por qué vivía sola en el otro lado del bosque, y únicamente recibía (según ellos) esporádicamente la visita de la nieta, o de quien fuera, en el otro lado del bosque, insisto, en un abra, en un claro donde

Los contenidos y temáticas son de exclusiva responsabilidad del autor. Todos los Derechos Reservados. Prohibida su reproducción total o parcial, sin expresa autorización del autor.

recaló, expulsada como yo de la familia y de la comunidad, porque todo el mundo dice que vivía sola, pero lo que no dicen es que vivía también aparentemente desamparada, en ese lugar de difícil acceso, con un bosque por medio, lleno de merodeadores y marginados como yo. No lo había pensado, ¿no es cierto?

La verdad, la pura verdad, es que por las aberraciones que cometió, y que ella me contó complacida, recordando con un regocijo capaz de espantar a una bestia, la familia la segregó, o se segregó ella misma, o las dos cosas, contenta en el fondo de poder poseer un lugar y un radio de operaciones amplio y apartado donde poder ejercer su oficio. Se aisló -es un decir-, allí, en la cabaña, y los seres como yo éramos sus clientes.

(Escucha a su interlocutor.) ¿En el pueblo? No pregunte en el pueblo si esto es cierto, porque harán como que no lo oyen, en el mejor de los casos, y en el peor, usted también será expulsado, porque ahora el pueblo está sano, y los sanos se olvidan de los enfermos como esa vieja y como yo, aunque a hurtadillas sigan sirviéndose de ellos, a condición de no nombrarlos, claro. Porque lo que se desconoce no existe, ¿no es cierto?

Perdone que me desvíe, pero la pregunta viene al caso.

¿Es que puede conocerse la virtud si antes no se conoce la maldad? ¿Qué carajo era lo que quería el dios del Antiguo Testamento de Adán y Eva antes de que comieran del fruto del conocimiento? ¿Tarados obedientes? No me interesa filosofar, pero los virtuosos padres querían que la niña fuera *virtuosa*, y por ello la mandaban a la casa de la vieja. A saber lo que es el mal. Y a ganar de paso con él, porque tendrá que concederme que la virtud, de tan desacreditada, da poco dinero. Y yo, ¿qué hice? Me

Los contenidos y temáticas son de exclusiva responsabilidad del autor. Todos los Derechos Reservados. Prohibida su reproducción total o parcial, sin expresa autorización del autor.

adelanté, y eliminé a la vieja. ¿Se horroriza? ¿Le parezco un desalmado? ¡Míreme! ¿Por qué se tapa la cara? ¡Quite esa manos! ¡Le estoy hablando! ¡Y encienda esa porquería de nuevo, o no hay final! Pues lo confieso casi con placer, porque es una de las pocas cosas buenas que he hecho en mi vida. Eliminé a un mal bicho, a una vieja asquerosa, a una alcahueta repugnante, me deshice del principal testigo y cómplice de mi debilidad, de mi lubricidad, de mi enfermedad.

De alguna manera tenía que recompensarle el haber convencido la primera vez a la muchacha para que me aceptara -como usted puede advertir no soy lo que se dice bello- y para que luego se eclipsara discretamente del dormitorio cuando llegábamos. No crea que lo hacía de generosa. Cobraba cada milímetro de sus favores.

Aceptó a regañadientes, pero ya la situación había llegado a su límite y no soportaba

más. Ella sabía que me tenía preso, que no podía hacer otra cosa, pagarle de otra manera, con dinero de ley, como le pagaba el leñador, sino terminar siempre en su cama que olía a vieja, y por eso la maté.

Cuando la otra llegó, no se extrañó de nada, no me hizo ninguna pregunta. ¡Todo eso es mentira, una mentira que ni los niños creen! Sabía que la estaba esperando en el lecho, como siempre. Aquí entra en escena el hombre que mencioné al principio. Los que le dije, cuentan que con su afilado cuchillo de leñador me abrió la barriga y sacó de allí a la vieja y a la niña sanas y salvas. Eso es cierto, en parte. A la vieja no la salvó ni la sacó de ningún lado, porque hacía rato que estaba muerta. De modo que en la habitación solo éramos tres: él, ella, y yo. El era otro cliente, había juntado bastante dinero, estaba

Los contenidos y temáticas son de exclusiva responsabilidad del autor. Todos los Derechos Reservados. Prohibida su reproducción total o parcial, sin expresa autorización del autor.

exasperado porque la había pedido a la vieja con insistencia (cada vez que pasaba por mí me miraba con ferocidad), tal vez no se habían puesto de acuerdo en el precio, y llegaba a tomar gratis lo que entendía le parecía demasiado caro. Y nos sorprendió. Aquí surge un problema en el orden de los sucesos. Primero, no la sacó de mi barriga, sino más exactamente, de la punta de mi barriga. Y luego, allí mismo me acuchilló. En ese orden, y no al revés. Ni siquiera esperó. *(Pausa)* Desde entonces, fue el héroe, el magnífico. Claro, lo entiendo, es inevitable, en toda historia tiene que haber un héroe. Bueno, ahora sí. Eso es todo. Y es la verdad. Diga si quiere una oración por mí, y si no quiere no diga nada, porque de todas maneras esta confesión me ha purificado. Ah, una última cosa. ¿Sabe cómo se llama el magnífico? ¿El héroe? Perrault, se llama.

Apagón

ESCENA SEGUNDA

Entra por un extremo la Abuelita, que es el mismo actor, calzándose de cualquier manera un vestido y una peluca roja. Ante un espejo de mano se pinta los labios y se pone colorete en las mejillas, todo muy exagerado. Se dirige al interlocutor anterior.

LA ABUELITA.- ¿Que quiere que yo se lo cuente de nuevo? ¿Qué desea lograr con eso? Muy cerca de aquí hay una librería con todos los cuentos que pueda imaginar. Una estantería llena de esos libros. *(Pausa)* ¿Es raro, no? Pero esas son las vueltas que suele dar la rueda de la fortuna, hijito. Todos fuimos famosos, en su momento. El leñador, la niña, yo, y hasta el monstruo. ¿Quiere algo más efímero que la fama? El tiempo todo lo cambia, todo lo revuelve, las madres compran el libro para sus hijos, pero nadie sabe que yo soy yo, es como si no hubiese existido, o como si hubiera existido solo en ese

Los contenidos y temáticas son de exclusiva responsabilidad del autor. Todos los Derechos Reservados. Prohibida su reproducción total o parcial, sin expresa autorización del autor.

momento, ese día, para desaparecer después. Nadie se preocupa por saber qué fue de nosotros, si seguimos viviendo, que todavía estamos vivos, excepto el monstruo, claro, excepto el monstruo. Por eso quiero agradecerle su visita, porque ha sido el único en tantos años que se ha acordado de mí. *(Pausa. Escucha a su interlocutor.)* ¿El principio de todo? Ah... ¡son tantos los recuerdos! Esto, que hoy es una ciudad, era un espacio abierto a hachazos por leñadores, y uno de ellos, cuya generosidad no me cansaré de agradecer, me recogió, me alimentó y me cuidó después de encontrarme a punto de perder la vida. Yo había tenido que irme del pueblo. Una noche se juntaron todas las mujeres encabezadas por el cura, rodearon mi casa y me pidieron a gritos, amenazando con incendiarlo todo. Mis hijos no tuvieron tiempo de reflexionar. Me echaron de un empujón y cerraron la puerta. Esa mañana había nacido mi nieta. Las mujeres me dijeron que si no me iba de allí me matarían, así que no me quedó alternativa. “¿No queremos brujas en el pueblo!”, gritaban, y yo corrí cubriéndome la cabeza y

esquivando como podía las piedras. *(Pausa.)* Las conocía a todas. A todas las había ayudado a nacer. No necesitaba verles las caras para saber quiénes estaban en primera fila. Eran las casadas con los hombres que poco a poco habían transformado todo aquello en un lugar de prosperidad, y no querían recordar su pasado. Yo era parte de ese pasado. Con mi ayuda lo habían edificado todo, beneficiando a quienes estuvieron de su parte, y destruyendo a los que se les opusieron. Una historia bastante repetida, no? El cura resultó el líder que les estaba haciendo falta, y la acusación de brujería, el pretexto que ocultaba las verdaderas razones de su rechazo. Me fui. Corrí hasta que no pude más,

Los contenidos y temáticas son de exclusiva responsabilidad del autor. Todos los Derechos Reservados. Prohibida su reproducción total o parcial, sin expresa autorización del autor.

errante, y aquí me senté a morir. Como le dije, la generosidad de un leñador me salvó de la muerte pues me recogió, y desde entonces habitamos juntos esta cabaña, hasta el día (que no puedo recordar sin estremecerme) en que fue devorado por un lobo frente a esa misma puerta. (*Llora desconsolada. Después de recobrase.*)

Así pasó el tiempo. A veces me visitaba algún caminante extraviado y unas santas mujeres del pueblo (que siempre quedan), venían a escondidas a traerme de comer. Yo les pagaba como podía. Les miraba los ojos y las caderas y les decía el porvenir. Ese fue un buen tiempo. ¡Vaya si lo fue! Es cierto que mi familia no aparecía. Se había atemorizado y era como si se la hubiera tragado la tierra.

¿Mi nieta? No la conocí el día que se sentó ahí, donde está usted, frente a mí, por primera vez, con una cesta llena de regalos, una cabeza llena de curiosidad y unas caderas anchas y generosas, que eran como las mías. Aventajaba en belleza a todas las otras que yo conocía. Ella sabía quién era yo. Cuando me lo dijo, la miré asombrada y le pregunté si los padres le habían permitido venir a verme. Me dijo que sí. Que me seguían queriendo, que habían hecho lo que hicieron porque no habían tenido más

remedio, y que la habían autorizado a verme todas las veces que quisiera, porque los tiempos habían cambiado. Por ahora ellos no vendrían, pero me mandaban a la nieta, con dinero y regalos. Me contó que en el camino se había encontrado con alguien muy simpático, que le había hecho preguntas, la había acompañado hasta muy cerca de la cabaña y le había dicho que me conocía. Me estremecí, pensando que pudiera ser él, pero no dije nada, y resolví esperar. Ese día no pasó nada más. No fue ese día cuando

Los contenidos y temáticas son de exclusiva responsabilidad del autor. Todos los Derechos Reservados. Prohibida su reproducción total o parcial, sin expresa autorización del autor.

ocurrieron las cosas que cuentan. (*Pausa larga.*)

Mi nieta vino muchas veces y él la acompañaba, pero no se acercaba a la cabaña. Venía solo, antes o después, y yo presentía que algo tramaba, no quería que tuvieran nada que ver con mi muchacha, y por lo que ella me contaba, sabía que no había podido dejar de quedar embobado con su belleza, y yo no quería. ¡Carajo, no quería! (*Pausa larga.*)

Mi voluntad hacía tiempo que estaba quebrantada. Un día, mucho antes de que apareciera mi nieta, llegó a la casa fingiendo haberse extraviado y diciendo que tenía hambre. Allí nos conocimos. Lo socorrí, y se quedó. Intentó seducirme, y lo logró. ¡Ahh!, descubrió en mí, lo que solo se descubre en los ojos, aun en las más recatadas, y que hasta en los ciegos se enciende con esa llama y parece que ven. A él le bastó mirarme a los ojos para convencerse de que por ahí podía atacar. Y atacó. Caí con dulzura. Una y otra vez. Hacía su voluntad. Las jóvenes llegaba a mí, y él tenía que ser el primero. Siempre el primero, y a veces se le antojaba que fuera en mi presencia. Pero después, se aburría, y volvía a mi lecho, casi con ferocidad. Una ferocidad que yo adoraba.

Cuando me dijo que la quería a ella, que la había conseguido sin mi mediación, que iba a ser esa tarde y que había dispuesto que saliera a dar un paseo, decidí matarlo, porque

adiviné que esta vez me abandonaría a mí, porque la otra tenía la atracción de mi sangre, y, sobre todo, la juventud que a mí me faltaba. Lo llevé a la cama e inicié el juego que solo nosotros conocíamos. Le prometí que después me iría. (*Enfurecida.*) ¡Es mentira que también lo jugara con ella! ¡Es una mentira infame! ¡El escritor es un mentiroso!

Los contenidos y temáticas son de exclusiva responsabilidad del autor. Todos los Derechos Reservados. Prohibida su reproducción total o parcial, sin expresa autorización del autor.

¡Todos ustedes son unos mentirosos! (*Pausa. Después evoca con dulzura pegajosa.*) Le gustaba que le rascara las orejas...Cuando le pregunté en el juego .”¿Por qué tienes las orejas tan grandes?”, no me contestó como siempre, porque estaba adormecido...siempre se adormecía cuando lo rascaba. Entonces, lo acuchillé. Murió enseguida, porque yo sabía dónde dar el golpe. Limpié el cuchillo y lloré un rato. Después lo arrastré como pude, y cuando la niña llegó, me encontró en la cama. Es cierto. Me había acostado por el esfuerzo que había hecho por esconderlo en el ropero. Disimuló su contrariedad, estuvo conmigo toda la tarde, y cuando se fue, estaba cayendo el sol. Era la hora en que pasaba un leñador por el lugar. Lo espí acercarse, corrí al ropero, (Sin tiempo de llorar esta vez), lo saqué, lo acosté sobre mí, y empecé a gritar. El otro oyó los gritos y entró corriendo. No me equivoqué sobre lo que haría, porque conocía su temperamento sanguíneo. Le partió la cabeza de un hachazo que casi me alcanzó a mí también. Logré zafarme, y siempre gritando, alcancé de la mesa el cuchillo que tenía preparado, y terminé la obra la perfección.

En eso entró mi nieta que había oído los gritos y regresaba corriendo. Le explicamos lo que había pretendido hacer el monstruo (yo lloraba y espiaba la reacción de la niña), que nos contó que era él quien la había acompañado dos o tres veces. Nos arrodillamos, y en una larga oración dimos gracias al cielo por haberla salvado de la caída, y cuando terminamos, el leñador acompañó a la niña hasta su casa.

Nuevo apagón de algunos segundos.

Los contenidos y temáticas son de exclusiva responsabilidad del autor. Todos los Derechos Reservados. Prohibida su reproducción total o parcial, sin expresa autorización del autor.

ESCENA TERCERA

Entra el Leñador. Es el mismo actor, quitándose el vestido y el maquillaje de la Abuelita.

EL LEÑADOR.- Mire, señor: sobre esto, yo no quiero hablar. Todo fue muy desgraciado. ¿Cómo? ¡No, no, no! No quiero que publique nada, las publicaciones siempre traen problemas. Además, ¿para qué? Yo solo soy un pobre hombre que me gano la vida con la leña que vendo de estos montes, con lo que alimento a mi mujer y a mis hijos. Así que yo quisiera, si usted me lo permite, no hablar nada, total, ya está, me parece, todo dicho, *(Mima la acción de tomar dinero)* ¡Oh, esa es una cantidad muy importante, señor! *(Se guarda con ligereza el dinero en el bolsillo)* Bueno, ya que insiste y es tan amable, le diré que sí, que yo la salvé. No, no fue casualidad, casi nada es casual en esta vida. Me acuerdo que cuando regresé a mi casa, mi mamita estaba sola, y se lo conté todo, después de limpiarme bien la sangre. “¿Qué ha sucedido?” Me preguntó. Al principio yo no le dije nada, o le dije, creo, “un accidente, ve a dormir” “¿Qué accidente?”, insistió. “¿Has encontrado de nuevo a la nenita?” “Sí”, le contesté. Pero esa noche no quise contar nada más. Sólo al otro día le dije: Mami: siempre me encontraba con la chiquilina de trenzas rubias y caperuza colorada, y ella me pedía que la acompañara y que jugáramos carreras, y al correr se le volaba la pollera saltando los arbustos, y mostraba sus piernas que eran hermosas, mami, y yo no hacía nada, señor, por esperarla, espiando los lugares por donde debía pasar, y cuando la veía llegar se me alegraba el corazón, y la recibía con bombones que a ella le gustaban tanto, y

jugábamos, señor, mami, jugábamos, y ella me tocaba, y me decía que yo era grande y fuerte, y que quería probar mi fortaleza, que la levantara en brazos sin hacerle daño, y yo la levantaba y la paseaba como a una reina por el bosque, porque era mi reina y la del bosque, y la depositaba suavemente en un lugar que solo nosotros conocíamos, y allí me enseñaba cosas, secretos juegos, que yo nunca pensé que existían, que no imaginé que pudieran ser tan dulces, se soltaba las trenzas y me arrancaba la camisa, mami, con sus manitas y me pedía, me pedía, yo al principio no quise, no quería, ella era una chiquilina de la ciudad, y yo un leñador que nada podía darle, y ella que sí, no seas bobo, podía darle toda la fuerza de mi cuerpo, transmitírselo; así me decía, y cuando se arreglaba de nuevo las trenzas y se ponía seria, la cara de niña de nuevo, yo sabía lo que venía. Decía, tengo que irme, y otra vez solo, y me besaba, me besó hasta el día que pasó por mi lado con él, pasó sin mirarme, aunque yo estaba en medio del camino, y no pude más, creí que había caído en un pozo, que la tierra se abría, señor, y me tragaba como una boca, porque ese día no podría jugar con sus trenzas rubias, ni ningún otro día. Me quedé mirándolos con la boca abierta, hasta que me la cerró el frío. Entonces, fui a la cabaña, y lo maté, lo arranqué como una rama de encima de ella, entre los chillidos de la vieja y los chillidos de ella; solo él no chilló, no tuvo tiempo, pero las otras parecían lobas aullando; le dije eres una puta como esa vieja, no insultes a mi abuelita, y como las putas de esa vieja, y no la mato porque no vale la pena, y ahora vamos a tu casa, y me la llevé señor, la llevé a la casa, y me casé con ella.

Apagón

Fin de *De un cuento prestado*

Los contenidos y temáticas son de exclusiva responsabilidad del autor. Todos los Derechos Reservados. Prohibida su reproducción total o parcial, sin expresa autorización del autor.